

# DONDE GUARDAS TUS MIEDOS

M a r g a r i t a A r e n a s



*Donde guardas tus miedos*

*MARGARITA ARENAS*

*DONDE GUARDAS TUS  
MIEDOS*



Bogotá, marzo de 2015

Primera edición  
Título: *Donde guardas tus miedos*  
© María Margarita Arenas / Autor  
Bogotá - 2015

© E-ditorial 531 / Editor  
Bogotá D.C. - Colombia - 2014  
Calle 163b N° 50 - 32  
Celular: 301 539 0518  
E-mail: [info@editorial531.com](mailto:info@editorial531.com)  
Web: [www.editorial531.com](http://www.editorial531.com)  
ISBN: 978-958-58383-8-3

Prólogo  
Lina Giraldo

Corrección de estilo  
Amparo Quiroga Parra

Fotografía de portada  
Juan Camilo Cerquera G

Diseño de portada  
Braco Publicidad  
[www.braco.com.co](http://www.braco.com.co)

Este libro fue impreso 100 % en papel ecológico.

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Impreso en Colombia por Panamericana Formas e Impresos S.A.*

## EL AUTOR Y SU OBRA

*...esa boca caliente besándole el cuello, sus dedos hurgándole las entrañas, el miedo que la petrificaba, el sonido de la cremallera, las palabras que le susurraba al oído —no pasa nada, tranquila. **Donde guardas tus miedos** es la historia de Ana en una novela que narra la realidad de miles de mujeres que día a día sufren en silencio el acoso sexual y el maltrato físico. Nos enfrenta a la realidad de miles de niñas que son vulneradas, en muchos casos, por aquellos que deberían protegerlas y que en su lugar terminan siendo sus más voraces depredadores. Esta novela es un llamado a romper el silencio, ese silencio que nos convierte en cómplices ...la abuela entrando al cuarto, preguntando qué sucedía, su cara de espanto, las palabras que le dijo cuando estaban solas: “Su mamá no puede enterarse de nada, no le vamos a contar nada nunca, me oyó Ana, ¡nunca!”.*

**María Margarita Arenas** nació en la Bogotá tranquila y creciente que luego fue acosada por las bombas y la inseguridad del narcotráfico de los años ochenta. Tuvo la fortuna de crecer rodeada de libros y de música, y vio de cerca a los tropeleros del barrio contrastar con las niñas juiciosas

del colegio. Su vida ha sido un tobogán lleno de experiencias fascinantes y de personas únicas; por eso hoy es lo que es: una mujer con la cabeza llena de historias.

Después de muchos años de trabajar en empleos estándar, decidió dar un vuelco a su vida y permitir que los personajes de esas historias cobraran vida y le dictaran sus penas. Su cuento *Blue Eyes* recibió una mención especial en el Concurso de Cuento Universidad de La Salle, versión 15 años, y en el 2013 su cuento *Eterno* fue publicado en la antología *Érase una vez... un microcuento*, de Diversidad Literaria. En esta ocasión presenta su primera novela *Donde guardas tus miedos* con *E-ditorial 531*.

*A Sofi*

*...hay que cuidarse del que no canta porque algo esconde.*  
*Facundo Cabral*

## PRÓLOGO

Por esa costumbre absurda de decirle sí a todo lo que se me presenta, y con la convicción de que nada llega a tu vida porque sí, me dejé seducir por la propuesta de la Editorial de hacer el prólogo de esta novela. Me sentí atraída por su título: *Donde guardas tus miedos*. Hay muchos miedos escondidos, hay tantas vidas torturadas por esos fantasmas, que al ver la palabra mordí el anzuelo. Me creí valiente, caí en la tentación, y acepté la misión. Además, consideré un privilegio y un honor leer una obra que todavía no sale a la luz. Pasada la emoción, y enfrentada a la realidad, experimenté la angustia de empeñar mi palabra en algo desconocido. Acababa de meterme a voluntad en la boca del lobo.

La situación, guardadas las proporciones, me puso en la misma posición de Ana, la ingenua protagonista de esta historia, acosada y asustada. Más de una noche desperté con sobresaltos pensando en la tarea, que había aplazado no por falta de compromiso, sino por considerar que no tenía ni los méritos, ni el conocimiento, ni el criterio suficiente para hacerlo. Mi parálisis, como la de Ana, tenía nombre propio: Miedo.



Tenía que actuar, o decidirme a morir en el intento. Rummiando mi auto sabotaje apareció el pequeño libro *De Narrativa y sus narradores* que me regaló un tío meses atrás escrito por Enodio Quintero. Lo abrí como un oráculo, con reverencia y concentración, esperando hallar en sus líneas una frase que me permitiera salir del laberinto. El azar me llevó a la página 64 en la que el autor describe lo que sintió cuando le solicitaron elaborar el prólogo de *Rayuela* para una edición conmemorativa de la obra de Julio Cortázar:

*¿Un prólogo para Rayuela?... No soy crítico, no soy... Decida usted, tiene un mes para pensarlo. Me quedé con el teléfono en la mano, como si sostuviera un peso muerto. Pasó el tiempo y quise olvidarme del asunto. Simulé gripes y ataques de melancolía en un intento vano de zafarme de la tentación... Y heme ya, intentando cumplir con un cometido impuesto sólo por la voluntad... Hice consultas mínimas y renuncié a un arqueo bibliográfico que me hubiera condenado a la parálisis...*

¡Luz al final del túnel! Celebro cuando encuentro en las palabras de otro lo que no logro expresar en las mías. Si este hombre, profesor universitario de literatura, lleno de lecturas y conocimiento, quiso salir corriendo, ¿yo qué puedo temer? Quintero quiso huir de *La Maga de Cortázar* y yo de las tristezas de Ana, de Margarita Arenas. Necesitaba esta encrucijada para confiar y dar un paso más en mi camino como escritora; prologar un libro.

Tuve “suerte”, me llegaron las frases que necesitaba para activar la chispa y comenzar, pero a Ana no. No encontró a tiempo un libro que le sirviera de espejo. No invocó ayuda, guardó sus temores de niña en algún lugar y los alimentó

con el silencio de las preguntas que no hizo. Margarita Arenas se arriesgó a hurgar en ese lugar para llevar al lector a ser parte de una historia que se repite una y otra vez en cientos de familias: el abuso sexual, el maltrato físico y psicológico.

No fue fácil enamorarme de Ella, lo confieso. “¿Qué esperas? ¡Haz algo, no te quedes callada, habla con alguien, no te resignes, no tienes nada que perder!” le grité impotente a Ana mientras recorría las páginas de la novela. Tuve rabia de leerla ingenua, asustada y resignada. Tan correcta y buena. Ana es la hija adolescente suave, dulce y encantadora, atormentada por una culpa que no existe y que heredó de la vergüenza de su madre y el abandono de su padre. En ella se personifican los cientos de Anas que deambulan en silencio por ahí, con pasados que marcan sus destinos y su actuar.

La autora, que narra con voz pausada, involucra al lector en personajes y escenas sobrecogedoras que hacen visible un drama cotidiano: el agresor, familiar cercano que goza de confianza; los excesos y excentricidades de jóvenes de la alta sociedad; la lentitud de los buenos; los amigos de barrio; la invisibilidad del indigente; el silencio cómplice de la abuela; o la madre cansada que trabaja con la ilusión de una vida mejor. La historia toca la piel con personajes reales de la calle de cualquier ciudad, de los noticieros de televisión o de las páginas de un periódico.

Margarita Arenas me volvió “voyerista” espiando tras los ventanales de las casas y entrando a los baños para ver como se limpia el arrepentimiento. Las páginas se impregnan del fétido olor de un vagabundo, del ácido perfume de una noche de sexo en un lujoso hotel, de la voz de Cerati o del crujir de las ollas en el fuego. El lector se vuelve un

personaje queriendo actuar, quiere que pase el tiempo y siente un suave desespero, una necesidad de que pase algo que le dé un giro a la historia, ese algo que finalmente pasa. Cuando una historia toca los sentidos y emociones, confronta y atrapa.

El miedo es el personaje tácito detrás de cada protagonista; miedo a enfrentar verdades, a asumir consecuencias, a perder lo mucho o poco que se tiene, a ser fuertes, a ser vulnerables. Miedos que se alimentan de más miedo, duele el silencio. Frases como *...no te asustes, no pasa nada*, cortan el aliento y abren la puerta a las suposiciones y al rencor. Tal como lo hace una conversación aplazada, una explicación no dada, un beso postergado, una precaución no tomada, una denuncia no hecha, una mirada desviada, los pequeños instantes cambian el final de esta novela y el de la vida de cualquiera.

*Donde guardas tus miedos* es una invitación, un espejo, una lupa, para hombres y mujeres que permanecen años en silencio sin ver la salida, sin tomar decisiones que cambien su destino, sin convertir las experiencias difíciles en el motor para no repetirlos. No más vidas de mujeres construidas sobre imaginarios de príncipes azules, imaginarios alimentados por la necesidad ancestral de *encontrar un buen hombre que se la lleve a vivir un futuro mejor*. Ni hombres buscando a *la mujer ideal para ser la madre de sus hijos*. No más creencias limitantes. No más espacios vacíos de palabras, que se convierten en lugares perfectos para guardar el miedo. *Somos hijos de lo que nos pasa*, le escuché por estos días al escritor Juan Bonilla, *Somos víctimas de lo que tememos*, agrego yo.

Reitero, nada llega a tu vida porque sí, ni siquiera este libro. Frente a la puerta, la llave es tuya, el cerrojo espera,

ahora tus fantasmas tienen miedo de que los encuentres en ese lugar absurdo donde los guardaste. Los mismos que nacieron en la infancia de Ana y que todavía no logra descifrar.

*Lina Giraldo Escobar*  
*Bogotá, marzo 2 de 2015*

Es se no era un día normal. Abajo se escuchaba el alboroto de Adriana, su mamá, que saludaba emocionada y a gritos al tío Félix que había regresado a casa después de un largo viaje. Cuando se fue, unos años atrás, todos lo lloraron como si se hubiera muerto. Ana había llorado por solidaridad pues, aunque quería mucho al tío Fex, no entendía cuál era la tragedia.

El tío Félix era un artista, y eso lo convertía en un ser especial. En casa había varios cuadros pintados por él, y cuando lo nombraban, un halo de admiración llenaba el espacio. El abuelo Pepe siempre criticaba la elección de su único hijo varón, esperaba que el hombre de la casa hubiera hecho algo que valiera la pena, como ser médico o abogado. Las tías hablaban de su hermano con fascinación, mientras que el abuelo lo hacía con desprecio y decía que no era más que un vago con suerte.

Ana seguía en su cuarto a pesar del acontecimiento, no quería moverse, había logrado calentar un pedacito de su cama y sentía que el calor aliviaba un poco ese dolor que hasta ahora desconocía. Aunque trataba de pensar en

otra cosa, su cerebro seguía mascullando las palabras que le había dicho su madre en la mañana: “Es natural, no te asustes, te estás volviendo mujer”. A Ana no le cabía en la cabeza la relación entre el susto que se dio cuando encontró ese líquido extraño saliendo de su cuerpo, la incómoda toalla que le puso su madre entre las piernas, ese dolor que no la dejaba moverse y el convertirse en mujer. Lo único que sabía era que el agüita de hierbas horrible y caliente que su madre le dio prometiéndole que la haría sentir mejor, sólo logró producirle nauseas.

—Toc, toc —dijo el tío Félix empujando la puerta—. ¿Por qué no bajaste a saludarme?

Ella no sabía qué responder, su mamá había dicho que todo lo que le estaba pasando era un secreto entre las dos, además, aunque quería mucho al tío Fex y había contado los días para su llegada, la verdad no quería verlo, ni a él ni a nadie. Estaba escondida bajo su colcha y lo único que se veía de ella eran sus hermosos ojos azules.

Se sentó lentamente tratando de esconder la molestia que sentía por toda esta nueva experiencia y el miedo a que ese apósito que tenía puesto se moviera y se le manchara de nuevo la ropa. Al salir un poco de las cobijas vio cambiar en la cara del tío Fex la ternura habitual a un gesto que le pareció de sorpresa.

—¡Estás hermosa! ¡Ya eres toda una mujer!

Trató de sonreír preguntándose si se le notaba tanto el secreto o si su madre le habría contado algo.

Empezó a hablarle de los lugares que había conocido; París, Milán, Sevilla y otra cantidad de ciudades de Europa. Le decía que algún día podrían ir juntos y en medio de todo ese bla, bla, bla, su mente se concentraba en disimular la cara de dolor. Finalmente se calló. En vista de que no la

veía muy interesada decidió bajar de nuevo a la sala. Ella dio gracias al cielo por quedar sola y se escondió nuevamente bajo la colcha.

Finalizando la semana apareció nuevamente Félix en casa. Ana estaba viendo televisión cuando escuchó el canturreado toc, toc; sintió algo dentro, no podía explicarse qué era, pero no era el cariño que había sentido siempre por el tío Fex. Solía lanzarse a sus brazos cuando lo veía, pero ahora algo la frenaba.

—¿Cómo está mi sobrina favorita?

—Bien, bien —fue lo único que salió de su boca.

Otra vez se encontró con esa mirada que desconocía, eran los ojos de otro en la cara de su querido Fex. Él se sentó a su lado y empezó a hablarle, a preguntarle sobre el colegio. Sintió su aliento muy cerca, caliente y espeso y algo despertó dentro de su cabeza, la asaltaron imágenes confusas, olvidadas en lo profundo de su memoria; ella con su vestido blanco, pequeñas flores adornándole la cabeza, y Félix muy cerca hablándole al oído —no te asustes, no pasa nada—, el calor de sus manos levantándole la falda, tocándola, ese mismo aliento espeso —no pasa nada—.

Se paró de la cama y fue hasta su escritorio como excusa para alejarse, para no tenerlo a su lado.

—¿Te mostré mi último trabajo para la clase de arte?

—No, pero tu mamá me dijo que eres toda una paisajista, eso lo heredaste de mí.

Ana sacó un dibujo pintado en acuarela de algo parecido a unos árboles tristes sobre un río plano y sin perspectiva.

—¡Es hermoso!, yo puedo enseñarte cómo usar mejor la acuarela.

Volvió a acercarse pero esta vez posó su mano sobre la pequeña cintura, seguía hablando y la invadió el olor pegajoso de su respiración y de nuevo los recuerdos. Era un día especial, era su primera comunión y él la tocaba y a ella un hormigueo le subía hasta la cabeza. No pasa nada —le decía, y ella no reaccionaba, sentía que estaba mal, pero no lo detenía. Los dedos entre sus piernas —no pasa nada— un grito la regresó al presente.

—¡Bajen a comer!

Fue como recibir un salvavidas en medio del océano. Salió corriendo y llegó de primera a la mesa, Adriana estaba tan sorprendida de no haber tenido que llamarla mil veces, que le preguntó en voz alta que a qué se debía el milagro y Ana queriendo ocultar su afán dijo que se moría de hambre.

Esa noche se reunió toda la familia. En la mesa se sentaron los abuelos, su hermano Federico y, claro, el homenajeado. Adriana cocinó una cena especial para celebrar el regreso de Félix; vistió la mesa con el mantel de crochet, puso servilletas de tela y usó lo que quedaba de la vajilla blanca con borde dorado y las copas talladas, preparó pasta y la decoró con ramitas de perejil. El ambiente era festivo, todos hablaban y se hacían bromas. De pronto, Adriana se puso de pie para hacer un anuncio. El silencio fue general.

—¡Félix se queda a vivir con nosotros!

Federico emocionado le dio un abrazo a Félix mientras la abuela le palmeaba la espalda; estaban eufóricos con la noticia. Ana en cambio sintió un baldado de agua fría. Iba a tener que verlo todos los días sin estar segura de si las imágenes que aparecían en su cabeza eran reales o no.

Al día siguiente se levantaron temprano y empezaron a sacar las cosas del estudio, a reacomodar muebles y libros para hacerle espacio a Félix; el abuelo ayudó, a pesar de su



mala cara, a armar una cama vieja que estaba en el sótano. En la tarde apareció Félix con sus cosas y una sonrisa de oreja a oreja.

## II

Su nana llegó con el jugo de naranja a las cuatro y media.  
—Niño Ro, levántese que hoy es su viaje, tiene que llegar temprano al aeropuerto.

—No me jodas —dijo Roger y se tapó la cara con las cobijas, odiaba madrugar.

—Niño, ¡levántese que se le hace tarde!

De mala gana se sentó y probó el jugo recién exprimido.

—¡Está ácido!, no han aprendido a comprar buenas naranjas en esta casa, ¿es tan complicado?

Martina lo miró con dulzura, lo quería a pesar de sus comentarios. Ella lo crió, era como su hijo, le aguantaba eso y más.

Se metió a la ducha de mala gana. A pesar de ser un viaje que había esperado con ansias, las cosas cotidianas lo aburrían, habría preferido irse en pijama al aeropuerto para no tener que pasar por el proceso de bañarse, vestirse y peinarse.

El conductor lo esperaba en la puerta; la maleta ya estaba dentro del baúl y Martina le había entregado la cartera de mano con los tiquetes, la billetera y los documentos que le enviaron desde la oficina de su padre.

—Chao nana —dijo subiendo la ventana del carro.

Martina le mandó un beso y se quedó en el jardín con la mano levantada.

Pararon en la casa de Amir que salió arrastrando su maleta, con la camisa sin abotonar y gritando como un loco:

—¡Marica!, casi no me levanto.

Amir se subió al carro, abrazó a su amigote y hablaron todo el trayecto al aeropuerto. Estaban muy emocionados con el viaje, el circuito callejero de Detroit era una de sus carreras favoritas; Ayrton Senna era uno de sus corredores predilectos, así que todo auguraba que este iba a ser un gran paseo. Después de muchas horas de vuelo, cambio de avión en Houston y demás, llegaron al hotel cansados pero felices. Amir fue a su habitación a darse un baño y quedaron de verse en el bar del hotel para tomarse unos tragos.

Roger bajó primero y se acercó a la barra. Una mujer sola, hermosa, de ojos claros, cabellera rubia y frondosa, estaba sentada en la última silla. Se acercó y la saludó en inglés, ella le devolvió una sonrisa que él interpretó como una invitación. Roger se sentó en la silla de al lado y empezaron una conversación muy animada, estaba convencido de haberla conquistado pues la hermosa rubia acompañaba cada respuesta con un coqueteo. Era un poco mayor, debía tener unos veintinueve o treinta, pero él era un tipo muy seguro y sabía que sus veintitrés años no le impedirían conquistar a una mujer así de hermosa. Al entrar al bar Amir los vio y corrió en desbandada a rescatar a su amigo.

—Güevón, ¿qué hace? —le preguntó con ojos desorbitados.

Roger lo saludó en inglés y le presentó a su nueva amiga, muy orgulloso de la conquista.

—¿Esa vieja habla español? —interrogó nuevamente Amir.

—No, no habla español, ¿por qué? —preguntó Roger extrañado.

—¡Maricón!, porque su levante es una puta.

Roger la miró de arriba a abajo, le dijo que tenía que irse y salió del bar, aún sin poder creerlo. No parecía una prostituta; estaba bien vestida, el maquillaje era discreto y la conversación muy normal. Amir, para convencerlo, le preguntó a un botones que se cruzaron por el camino, este los acompañó a la puerta del bar, dio un vistazo y salió con una sonrisa:

—*The lady is an escort.*

—¡Le dije!

Roger no lo podía creer. Su ego resultó un poco golpeado, estaba convencido de haberla matado con su personalidad encantadora y en realidad ella estaba buscando cliente. Salieron a un bar cercano y bebieron hasta el amanecer. Fue una semana inolvidable.

Al regresar al país, el chofer los esperaba paciente a la salida del muelle internacional. Aunque tuvieron que aguantar insoportables horas de espera en el George Bush, volvieron felices. Traían las maletas llenas de ropa *Marlboro*, de rollos fotográficos con montones de recuerdos de la carrera, de los corredores, de las pistas, el papá de Amir les había conseguido un permiso especial para entrar a *pits* y tenían gorras autografiadas y fotos con algunos de los más importantes corredores. Obviamente, la foto con Ayrton Senna, que Roger se moría por ver ya revelada, no podía faltar. La barba de varios días, no muy poblada pero sí notoria, y el pantalón arrugado los hacía ver bastante mal, si a eso se le sumaban las ojeras y la camisa mal acomodada, el resultado era lamentable. Así, con esa pinta, Roger llegó a casa a la una de la mañana. Martina estaba despierta esperándolo para prepararle algo de comer.

—No viejita, váyase a dormir, yo lo que tengo es sueño  
—le dijo Roger y subió a acostarse.

### III

Pasó algún tiempo desde la llegada de Félix. Ese día, en plena clase de religión, Natalia le pasó a Ana una notita con corazones dibujados: “Ayer Darío me pidió que fuéramos novios y nos dimos un beso”. Ana le dibujó en la misma hoja una carita feliz, pidiéndole que le contara los detalles. Cuando se la entregó, la hermana Laura se lanzó en picada sobre ellas.

—¿Qué pasa aquí? ¡Me entregan ese papelito por favor!

Ante la posibilidad de ser descubiertas, Natalia se tragó la nota provocando la furia de la hermana quien las llevó directo a la rectoría. Ana sabía que al llegar a casa la esperaba un regaño.

En medio de la cantaleta que recibía se metió Félix con su sonrisa socarrona:

—Déjame yo hablo con ella —le dijo a Adriana y se la llevó al sofá de la sala donde se sentaron.

Le comentó que él también tuvo problemas en el colegio y le contó algunas pilatunas tratando de ganarse su confianza a la vez que se acercaba. Decía cosas graciosas para distraerla mientras ponía, como sin querer, una mano

en su pierna, y de nuevo esa sensación entre asco y pánico, y de nuevo los recuerdos que se hacían cada vez más reales de Félix tocándola y ella asustada y muda dejándose hacer. Se paró, le dijo que agradecía su ayuda y salió de la sala caminando pausadamente aunque realmente quería correr.

Esa noche la despertó el ruido de las llaves que Félix manipulaba para abrir la puerta de la casa. Su ventana estaba justo sobre la entrada y algo dentro de sí la hizo pararse como un caucho y correr a la puerta de su alcoba. Suavemente le puso el seguro. No sabía exactamente por qué lo hacía, pero lo hizo, y luego se acostó en el piso para ver por debajo de la puerta como los zapatos de Félix pasaban hacia el estudio. Escuchó atenta cada pisada en la escalera de madera, el crujir de los peldaños cansados y viejos bajo el peso del cuerpo que ella intuía estaba lleno de alcohol; así llegaba últimamente. El corazón le golpeaba los oídos y se aceleraba a medida que él subía, de pronto vio las dos sombras negras acercarse por el corredor y sintió que su corazón iba a estallar cuando se quedaron quietas frente a su puerta; el ruido de la perilla queriendo abrirse la hizo levantarse del suelo. El pánico la invadió, las rodillas le temblaban igual que las manos, la frente se le llenó de gotas de sudor aunque el cuerpo estaba helado. Se estrelló contra la cama quedándose sin aire, rogando que la perilla la protegiera; los segundos le parecieron horas. De nuevo se movió la perilla, pero esta cumplía a cabalidad su labor de defensora y entonces el ruido torpe de los pies volvió al corredor y el golpe al cerrarse la puerta del estudio fue un alivio que le permitió respirar de nuevo.

Durmió muy mal esa noche. En su mente se mezclaban las imágenes y sensaciones del día de su primera comunión, era como si los recuerdos estuvieran tomando fuerza, como

si con el regreso de Félix regresaran de un universo lejano en el que permanecían ocultos; esa boca caliente besándole el cuello, sus dedos rugosos hurgándole las entrañas, el miedo que la petrificaba, el sonido de la cremallera, las palabras que le susurraba al oído —no pasa nada, tranquila—. Una gran angustia le hacía latir con fuerza el corazón, las lágrimas le corrían por las mejillas, se le cerraba la garganta, un gran ardor, un dolor caliente la atravesaba y le ahogaba el grito que luchaba por salir de su boca. De pronto, la abuela entrando al cuarto, preguntando qué sucedía, su cara de espanto, las palabras que le dijo cuando estaban solas: “Su mamá no puede enterarse de nada, no le vamos a contar nada nunca, me oyó Ana, ¡nunca!”. El viaje intempestivo de Félix a Europa. Los ojos se le cerraban y los recuerdos se mezclaban con sueños horribles de dagas, sangre y muerte; la despertaba su propia respiración agitada.

Ana heredó el pelo negro y lacio de su madre y unos ojos azules que parecían de muñeca, ¿de quién venían?, quería suponer que de su padre, pero aprendió desde pequeña que preguntar por él o nombrarlo hacía que su madre se enfureciera y le prohibiera volverlo a hacer. No sabía nada de él, nunca encontró una foto, una carta, algo que le confirmara que existía. Los abuelos, tal vez por alguna prohibición de Adriana, tampoco le daban datos, se callaban con una resignada tristeza cuando se hablaba del asunto. Tenía tantas preguntas. En el colegio todas las demás hablaban de sus papás y ella debía callar. A veces mentía y relataba historias de lo que había hecho con él durante el fin de semana, pero siempre la crueldad de alguna compañera le recordaba que nunca lo veían, que en las reuniones del colegio su mamá siempre iba sola o con el abuelo y se sentía aún más miserable, sin argumentos para defenderse. Otra cosa que no se



explicaba era por qué su hermano tenía un apellido diferente al suyo, mientras que ella tenía el mismo de su madre.

Vivían en casa de los abuelos y aunque la comida no faltaba, tampoco tenían lujos. Su madre trabajaba todo el día como enfermera en el hospital y muchos fines de semana hacía horas extras o cuidaba alguna persona mayor. Cuando las cosas se ponían difíciles Adriana hacía turnos en la noche y Ana empezaba a verla agotada, sin fuerza y con un genio de los mil demonios. El abuelo, después de prestar el servicio militar, consiguió un puesto de cajero en un banco, ahí pasó la mitad de su vida, la otra mitad fue supernumerario; era el cargo máximo al que se podía acceder con la educación que tenía, sólo un escalón por encima del cajero. Ahora gozaba, o más bien padecía una pensión que le alcanzaba escasamente para pagar algunos recibos de la casa. A pesar de su edad, aún hacía reemplazos cuando lo llamaban del banco, no porque le gustara mucho trabajar, era más bien para poder darle una ayudita a su hija que tenía que mantener sola a sus dos muchachos.

El nombre Federico significa: el que gobierna en paz. Y sí, su hermano era una persona pacífica, un poco tímido y algo retraído, pero sobre todo pacífico. Tenía el pelo oscuro y grueso siempre en capas cortas, los ojos tristes, la nariz larga y un poco ancha en la punta, la boca gruesa, la barba que empezaba a poblarle el marco de la cara, los hombros resignados y las piernas lentas. Era un personaje delgado y lánguido que respondía siempre con monosílabos. De pequeños no jugaban juntos porque Federico prefería encerrarse en su cuarto a hacer figuras con palitos de paleta, un arte en el que lo inició el abuelo cuando le mostró cómo hacer un cajón pegando los palitos y que Federico fue perfeccionando hasta llegar a hacer una ciudad miniatura con

edificios altos, largos, gordos y algunos que desafiaban la ingeniería lógica con bases delgadas y techos grandes.

Le llevaba un año a Ana y al igual que los demás, guardaba un misterioso silencio en lo que tenía que ver con su padre. Las pocas veces que ella preguntaba, él la miraba compasivo, y sólo en esas ocasiones la abrazaba con una ternura escondida, se le aguaban los ojos y con un beso en la frente le decía:

—No preguntes.

**E**speramos que haya disfrutado esta muestra de *Donde guardas tus miedos* de la escritora colombiana *Margarita Arenas*. Lo invitamos a que comparta y difunda esta muestra, logrando así que la lectura sea una forma de entretenimiento masivo. Igualmente, si quiere conocer la obra completa haga click aquí.

